EL DIRECTOR DE ORQUESTA

por Eugenia Montero

Estaba inquieto y deprimido, asustado y confuso, y sólo por culpa de aquel rostro y aquella figura extrañamente familiar. No era la primera vez que se encontraba en Viena. Adoraba la ciudad, su ambiente elegante, su encanto evocador, los edificios antiguos, la alegre bohemia de Grinzing y, sobre todo, su sensibilidad musical, esa tradición lírica que la convertía en una tierra maternal, acogedora y entusiasta para los músicos. Siempre había sido feliz en Viena, y, sin embargo, ahora...

Todo empezó nada más llegar al aeropuerto. Cuando descendía pista, al fondo, un hombre llamó su atención: iba vestido de forma muy distinta, con una elegancia refinada y un poco decadente, pero su físico era tan similar al suyo que un hermano gemelo no hubiera sido más parecido. Un delegado de la Musikverein había acudido a esperarle y con los primeros saludos perdió de vista a aquel inesperado doble. Pasados los controles habituales de pasaporte y equipaje se dirigió al hotel. Allí, en la entrada, volvió a cruzarse con el desconocido.

Se encontraba cansado y decidió cenar en el mismo hotel. Se dio una ducha, se cambió de ropa y bajó al comedor. Cuando iba a entrar, del bar contiguo, salió el desconocido. Aquellas tres rápidas visiones, en el espacio, apenas, de un para de horas, le impresionaron. El le había ignorado, ni siquiera le miró. Esa indiferencia, cuando el parecido entre ambos era tan notorio, le inquietaba sin saber por qué.

Al terminar la cena, cogió el ascensor para volver a su cuarto, junto a él entró otro hombre: era, de nuevo, el desconocido. Le miró insistente, tratando de descubrir en sus facciones alguna reacción. Su rostro se mantenía impasible, pero sus ojos, la mirarle un instante, brillaron con expresión maligna.

Paró el ascensor y ambos salieron y tomaron la misma dirección. Al llegar ante la puerta de su cuarto se quedó inmóvil, con la llave en la mano, sin decidirse a introducirla en la cerradura, tal vez el otro se pararía también. Se equivocó, el desconocido pasó de largo y se perdió al fondo del pasillo. Abrió la puerta algo más tranquilo y la cerró con rapidez. Quería trabajar un poco, estudiar el ensayo del día siguiente, pero el recuerdo de aquel hombre que parecía perseguirle sin que alcanzara a comprender la razón, le impedía concentrarse.

Optó por apagar la luz y acostarse. Estaba nervioso. Lo mejor que podía hacer era dormir. Al día siguiente se despertó como nuevo. Abrió la persiana. Desde su ventana podía contemplar la Karntnerstrasse,

silenciosa, quieta, casi dormida aún, y, al fondo, alcanzaba a ver la hermosa Catedral de San Esteban. Pidió el desayuno y se puso a repasar las partituras del próximo concierto.

Le gustaba caminar y salió del hotel con tiempo suficiente para poder ir paseando hasta la Musikverein. Le pareció, de pronto, que alguien le estaba siguiendo, tenía una extraña y molesta sensación en la nuca. Se volvió y descubrió, una vez más, la desconocido. Empezó a caminar más despacio y el otro aminoró el paso. No cabía duda de que le estaba siguiendo. Pensó por unos momentos que lo mejor sería pararse, acercarse a él y preguntarle la razón de esa especie de silencioso asedio de que le estaba haciendo objeto, pero, ¿le seguía realmente? Sus encuentros, ¿no podían ser, acaso, una casualidad? y, si no era así, ¿no sería mejor esperar a que su perseguidor descubriera sus fines?

Al llegar ante el teatro comprobó que el hombre, una vez más, había desaparecido. Sin saber por qué respiró tranquilo. El ensayo se desarrolló normalmente y aquel día no volvió a suceder nada que le inquietara.

Al día siguiente, en el segundo ensayo, en un rincón del patio de butacas, sentado junto al pasillo lateral, estaba «él». Miró a los músicos: ¿le habían visto ellos también? ¿habían descubierto el gran parecido de aquel espectador anónimo con el director? No, era natural, estaba envuelto en la penumbra y sus facciones quedaban desdibujadas. Solo él podía descubrirle puesto que continuamente aparecía en su camino desde que había llegado a Viena.

Cuando terminó el ensayo se fue a su camerino. Allí, sentado en un sillón, se hallaba el hombre. Le miró asombrado y perplejo. Sintió deseos de levantarle y abofetearle. Se contuvo y procurando que los nervios no le traicionaran, preguntó secamente:

–¿Qué desea?

El desconocido le sonrió burlón, se incorporó, lento y aplomado, de su asiento, y salió sin molestarle. El director de orquesta comprobó con asombro que iba vestido exactamente igual que él.

Aquella semana de ensayos previos al concierto fue terrible, atormentadora, como una pesadilla sin sentido. No sabía qué hacer. No podía denunciar a un hombre del que nada conocía, con el que no había cruzado una sola palabra, que no había intentado nada contra él y cuyas intenciones, si es que tenía algunas, desconocía. Sus nervios se hallaban alterados. Aquel hombre le perseguía, no conseguía nunca prever en qué momento iba a aparecer o desaparecer pero había conseguido convertirse en una torturante obsesión. Llegó a soñar con él y en el mundo onírico su rostro se multiplicaba como una hidra monstruosa.

Estaba aterrado. Se sentía atrapado en una extraña red. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido, porque, en verdad, nada estaba pasando. Aquello era como dar vueltas en una escalera de caracol que conducía siempre al mismo sitio, a su vida normal, a su trabajo, y que, sin embargo, conseguía mantenerle en una tensión continua.

Llegó agotado al día del ensayo general. Una vez más, la fondo, adivinó a su misterioso espía. No podía más. Antes de comenzar el ensayo, gritó:

–¡Fuera! ¡No quiero a nadie en el teatro!...

Los conserjes no tuvieron que echarle, porque el desconocido se había marchado ya.

El ensayo comenzó. La música nacía intensa, llena, impresionante. Ante el director de orquesta, los instrumentos fueron tomando forma. De ellos surgieron las figuras de todas las mujeres que había amado, de todas las que abandonó; avanzando amenazadoras hacia él. El órgano se fue tiñendo de sangre. Las cuerdas del arpa estallaron. Los violoncellos y los violines se deshacían como polvo entre lágrimas. Las trompetas se retorcían cual esqueletos recién salidos de sus tumbas. Cerró los ojos aterrado. Los aplausos de los músicos le devolvieron a la realidad.

–!Maestro! -comentaban admirados–. ¡Ha sido maravilloso! ¡Parecía que estuviera usted en trance!...

Las espeluznantes visiones se habían esfumado. Sin duda había sido víctima de una alucinación. Cuando volvió al hotel pidió que le enviaran a un médico. Le explicó sus pesadillas, su tensión continua a causa de una persecución cuyo fin no alcanzaba a comprender. Lo que le estaba ocurriendo era absurdo pero temía que llegara a minar su salud. No, se encontraba perfectamente: el corazón, el hígado, todo estaba bien. Tenía un agotamiento nervioso producido seguramente por el exceso de trabajo.

–Un poco de reposo, un par de semanas de descanso no le vendrían mal. En cuanto a su perseguidor, yo no le daría importancia, algún admirador neurótico, pero, un hombre como usted puede hablar con la policía para que le pongan un detective y así estar más tranquilo.

–Gracias doctor. Es lo que haré. Ya no tengo tiempo ni ganas, he de celebrar dos conciertos, después del primero hablaré con la policía. Debo hallarme en un estado de extrema sensibilidad que de costumbre. Temía volverme loco. Ahora me encuentro más tranquilo.

* * *

La Musikverein aparecía deslumbrante, como en una de sus mejores noches de gala. Brillaban las arañas de cristal y los terciopelos reflejaban su luz como pequeños y ondulantes mares rojos. Las plantas ponían su nota primaveral de jardín en flor entre los palcos, bordeando el escenario, adornando la entrada y los pasillos.

En el patio de butacas centelleaban las joyas de las mujeres. Rubíes, esmeraldas, amatistas, brillantes, zafiros, toda la gama de las piedras preciosas engarzadas en oro y en plata, reposaba sobre las blancas pieles de las damas. los hombres vestían de etiqueta. Allí, en el teatro, se habían reunido, en esa noche, financieros, políticos, artistas...

El público se hallaba ya sentado. Las luces del teatro se apagaron, poco a poco, y las del escenario e encendieron. Se iluminaron los atriles y los músicos fueron saliendo y ocupando sus asientos. En un palco platea, junto al escenario, entró un hombre alto de cabellos grises. Se quitó una larga bufanda de seda blanca y una capa negra que dejó con elegante descuido en una silla cercana. Antes de sentarse lanzó una mirada rápida y aguda hacia el público. Alguien se fijó en él y comentó:

–Mira, en ese palco, ¿no es el maestro?

La salida a escena del director de orquesta cortó el comentario. Con un frac impecable, los cabellos grises cuidadosamente peinados, el rostro sereno y pálido bajo los focos , tranquilo y majestuoso el músico subió al

podium y después de un ceremonioso saludo, volviéndose hacia los músicos, elevó la batuta, esperó a que el silencio se hiciera absoluto y comenzó el concierto.

Un mágico halo pareció extenderse sobre la sala. la música surgió impresionante, terrible, sobrecogedora. «La forza del destino» verdiana nacía de una lucha sin esperanza del espíritu, como una fuerza sin remisión del dolor. Los instrumentos vibraban con un lamento desgarrado, as notas llegaban de las tinieblas de lo desconocido y el público escuchaba en suspenso, invadido por un extraño sentimiento.

Al final del concierto estalló el delirio. Gritos, bravos, ovaciones, flores sobre el escenario... El director de orquesta salía a saludar una y otra vez requerido por los aplausos interminables, por el entusiasmo de un público enfervorizado, pero su expresión no era alegre, ni agradecida siquiera, parecía vencido por una gran preocupación, recibía el homenaje de los espectadores como una penosa y forzada obligación.

La orquesta acabó por abandonar el escenario para que pudiera saludar en solitario el gran triunfador de la noche. Y, de pronto, la mirada del músico se paró en el palco platea que había junto al escenario. Sus ojos se abrieron desmesuradamente llenos de horror, su cuerpo vaciló, lanzó un grito desgarrador, desesperado, infrahumano que paralizó de pánico a los espectadores y su cuerpo cayó pesadamente en el escenario, bajo los focos, sobre las flores diseminadas por el suelo. El podium tembló al desplomarse el cuerpo y la batuta cayó desmayada junto a él.

La gente miró asustada hacia donde el músico había dirigido sus ojos. El palco platea estaba vacío. Nadie podía adivinar la causa que había provocado el shock del director. La luces de la sala se encendieron. Un denso murmullo de comentarios y conjeturas nació del silencio primero. Los músicos de al orquesta entraron precipitadamente en el escenario. El director de orquesta seguía inconsciente. En medio de una gran confusión, entre músicos y empleados de la sala que se agrupaban asustados, un desconocido, envuelto en una capa y con una bufanda de seda blanca alrededor del cuello, consiguió abrirse paso.

–Permítanme, soy médico.

Se inclinó sobre el hombre postrado e inconsciente. Apoyó su cabeza sobre el pecho, junto al corazón, le tomó el pulso y mirando con expresión tranquilizadora a los que le rodeaban, aseguró:

–Afortunadamente no es anda de importancia. Una lipotimia. Está agotado. ¡Por favor, ayúdenme a levantarlo! Lo llevaré en mi coche inmediatamente a una clínica.

En unos segundos el director de orquesta fue introducido en un Mercedes gris. El desconocido se puso al volante yantes de alejarse bajó la ventanilla y sonrió con calma:

–No se preocupen, unos días de descanso y nuestro músico estará de nuevo dispuesto para el trabajo.

Mientras el coche se alejaba una mujer comentó sorprendida:

–¡Qué curioso!... Ese médico y el director de orquesta se parecen...

Nadie le prestó atención. Los músicos volvieron lentamente a guardar sus instrumentos. Comenzó una gran cola ante el guardarropa para recoger los abrigos. El público abandonaba el teatro comentando el suceso de la noche. Las puertas de la Musikverein se cerraron. Quedaron

las luces apagadas y solitaria la sala, custodiada, como cada noche, por unos policías.

Entretanto, el coche gris que conducía al director de orquesta atravesaba velozmente Viena y tomaba la carretera del valle del Danubio. Cerca aún de la ciudad, enfiló un sendero. Al fondo, entre viñedos, surgía una mansión de piedra clara, un castillo medieval semioculto entre la niebla que había invadido el nacimiento de la madrugada. Wagner debía haberse inspirado en aquel paisaje y los nibelungos podían surgir en cualquier momento entre los jirones de brumas.

Paró el médico ante la entrada e hizo sonar el claxon. La puerta se abrió y salieron dos hombre de bata blanca.

–Pronto. Cojan a este paciente ordenó el doctor–. Súbanlo a una habitación alta y con rejas. Vigílenle y avísenme si surge cualquier complicación. De momento no creo que les ocasione problemas, le he puesto una inyección. Yo mismo rellenaré su ficha.

* * *

Al día siguiente, a las siete de la mañana, la hora en que habitualmente se levantaba, el director de orquesta despertó. Le dolía la cabeza y sentía una profunda pesadez. Se incorporó en la cama con una extraña sensación de embotamiento. Miró con aprensión en torno suyo. ¿Dónde estaba? Aquella no era la habitación del hotel. Las altas paredes blancas, el mobiliario funcional y aséptico recordaban a un hospital. Se acercó al ventanal que ocupaba una parte del muro que se encontraba a su derecha. Abrió los cristales. Un enrejado impedía asomarse pero podía ver grandes campos de albaricoqueros y de viñas. os contempló bajo la luz primera de la aurora en un complejo estado de confusión. Amaba la naturaleza, el campo, pero era incapaz de disfrutar de su visión en aquellos momentos. Se acercó a una puerta. Conducía al baño. Algo le extrañó inmediatamente en él: no había un solo espejo, miró hacia el cuarto, en el primer instante de su despertar no se había dado cuenta de que en la habitación tampoco se veía ninguno.

Quedó en suspenso: llevaba un pijama que no era el suyo, estaba en un lugar desconocido, ¿qué estaba ocurriendo? Abrió un armario en el que no encontró nada. Se sentó en la cama con una desgarradora sensación de impotencia. Entonces recordó el concierto del día anterior y aquel rostro diabólico que le atormentaba. Corrió desesperado hacia la puerta y comenzó a golpearla. Esta se abrió y el doctor apareció con su mirada aguda como un estilete y una suave sonrisa entre los labios.

–¿Qué pasa? ¿Alguna pesadilla? Cuénteme, estamos aquí para curarle.

El director de orquesta gritó:

–¡Para curarme! ¿De qué? Mi única pesadilla es usted que me persigue sin tregua. ¿Qué es lo que pretende?

El médico sonrió. En su mirada brillaba una luz maligna al contestar.

–Cálmese. ¿Aún no ha adivinado en dónde se encuentra? –hizo una pausa y le miró, ya sin sonreír, con el aire triunfante de un genio del mal–. Se halla en una clínica de reposo. Está usted agotado. El exceso de trabajo le ha trastornado, sufre un desdoblamiento de la personalidad y

cree ser un famoso artista. Las rejas de las ventanas le impedirán cualquier intento de suicidio. Nunca más volverá a verse en un espejo; si quiere recordar como era tendrá que contemplarse en mí. Está encerrado y vigilado y no podrá por tanto escapar...

–¡No quiero escucharle! –gritó el director de orquesta, mientras avanzaba amenazador.

El médico, atento a sus movimientos, le esquivó y pulsó un timbre. Entraron tres enfermeros y le redujeron rápidamente.

–Dénle un calmante y si es necesario le inyectan –aconsejó el doctor antes de salir.

Luego bajó a su despacho, se cambió y vistió las ropas del músico, cogió su Mercedes gris y se dirigió a la Musikverein. Cuando los componentes de la orquesta le vieron aparecer le rodearon inquietos:

–¡Maestro! Temíamos que no viniera. ¿Cómo se encuentra?

–Bien –contestó–. Les agradezco su interés. Estoy ya perfectamente. Podemos empezar el ensayo...

El director de orquesta sigue dando conciertos por el mundo, obteniendo éxitos, pero aquel concierto suyo en Viena es recordado aún como algo memorable e irrepetible. Con los años su rostro se ha vuelto enigmático y su figura ha adquirido un halo de misterio. A veces se aisla del mundo sin que nadie logre saber dónde se encuentra.

Sólo un hombre que ha visto desde su ventana enrejada, año tras año, el mismo paisaje de viñedos y campos e albaricoqueros surgiendo en el amanecer o hundiéndose en la noche, unas veces cubiertos de nieve, otras de brumas, o de dorada luz; sólo ese hombre, encerrado en una clínica de las afueras de Viena, enloquecido por el sufrimiento, conoce la verdad del director de orquesta.